

que sin el auxilio divino hubiéramos estado perdidos (1). Para infamar á toda la Orden, esparcieron algunos la especie de que había sido fundada por Ochino; y por más que fuera fácil demostrar la falsedad de dicha afirmación, muchos hubo sin embargo que le dieron crédito. Aun aquellos mismos que se habían mostrado benévolos para con la Orden, concibieron sospechas por la caída de Ochino (2). No sin fundamento se temía que los miembros podían haberse contagiado con la herejía de su cabeza. De hecho cierto número de capuchinos siguió el ejemplo de su General, y otros sólo gradualmente volvieron en sí (3). En Roma no se tuvo noticia de la apostasía de Ochino hasta Septiembre de 1542; bien que el Papa se hubiera ya antes enterado de ella en Perugia (4); y cuán irritado se hallara su ánimo, lo indica una expresión que se dice haber dejado escapar en su viaje de regreso, al divisar en Terni el convento de Capuchinos situado en la montaña: «Pronto no quedarán capuchinos ni conventos de los tales» (5). También opinaban varios cardenales que, con una Orden en que había acaecido un caso tan grave, no se podía hacer mejor cosa que suprimirla. Sólo el cardenal Sanseverino amonestó expresamente, que se evitara un paso precipitado, y Paulo III siguió el consejo de aquel señalado varón, de que primero se entablara una investigación fundamental. Por encargo suyo, el cardenal Carpi, como protector de la Orden seráfica, llamó á Roma á todos los Superiores, donde se los oyó detenidamente en lo tocante á la pureza de la fe. El resultado de la investigación fué no hallarse fundamento alguno suficiente para proceder á la su-

(1) *Crónica de Mario da Mercato Saraceno, *Archivo de la orden de los capuchinos de Venecia*.

(2) Boverius, I, 319, 350. Para refutar la fábula de ser Ochino el fundador, el cardenal Sanseverino y el Vicario general Girolamo da Montefiore impulsaron á Bernardino da Colpetrazzo, á componer su valiosa historia, que se conserva en el *Archivo general de la orden de los capuchinos de Roma* (v. nuestros datos en los Apéndices del vol. X).

(3) Boverius (I, 319) procura encubrir esto; pero Mignanelli escribe, el 2 de Noviembre de 1542, al cardenal Farnese: *Si pensi presto a quel rimedio che si puo et vuol fare alla congregatione de Capuccini, de quali ogni giorno si sente che gittano l' abito et seguitano il mastro loro (Lett. d. princ. XII, 228. *Archivo secreto pontificio*). Cf. también en el apéndice, n.º 62, la carta del cardenal Carpi, de 27 de Junio de 1543.

(4) Según la *crónica citada en la nota 1, Ochino escribió al Papa «una lettera nefandissima», que Paulo III recibió en Perugia.

(5) Boverius, I, 321.

presión de la Orden, por más que en un cierto número de Padres pudieran señalarse algunas opiniones sospechosas. En atención á esto se prohibió hasta nueva orden á todos el ejercicio de la predicación. Designóse por Comisario general á Francisco de Jesi, el cual poco después fué elegido Vicario general en el Capítulo de la Orden celebrado en Roma. Este excelente varón dispuso una detenida visita de la Orden, en la que, principalmente en las Provincias de Venecia y Emilia, hizo examinar con la mayor exactitud la pureza de la doctrina (1).

Cuánta desconfianza se abrigara todavía en Roma durante mucho tiempo respecto de los Capuchinos, lo manifiesta el hecho de haberseles presentado en 1545 diez y nueve artículos de fe acerca de los cuales debían hacer declaraciones precisas. El Vicario general dió á aquellos artículos una respuesta tan satisfactoria, que Paulo III volvió á permitir la predicación á los individuos de la Orden (2). Con lo cual la nueva familia religiosa venció felizmente la última de las tormentas que hubieran podido serle peligrosas.

Por efecto de las muchas probaciones, quedó la Orden de los Capuchinos radicalmente purificada y tan fortalecida, que ya no tuvo nada que temer en adelante, por más que continuara viva todavía la hostilidad de los Observantes (3).

La idea de una Orden semejante, salida de la cabeza de un hombre enteramente sencillo, había demostrado poseer una extraordinaria vitalidad. Aunque por lo pronto limitados á Italia, los Capuchinos alcanzaron tal importancia, que sobrepusieron cada día más á los Teatinos. Lo cual tuvo entre otras causas, la de haber los Teatinos conservado siempre cierto sello aristocrático, mientras los Capuchinos trabajaban principalmente en las extensas masas del pueblo, al cual conmovían profundamente por medio de sus predicaciones de penitencia (4). Siendo ya una viva predicación por su mismo aspecto como los más pobres de los pobres, se hallaban los más cercanos á las clases inferiores, de las cuales vinieron á ser los consejeros y favoritos declarados.

(1) Boverius, 331 s., 339.

(2) *Ibid.*, I, 372.

(3) Lo mismo que antes, seguían pasándose á los capuchinos muchos observantes; con todo, tampoco faltaban casos inversos: en Druffel-Brandi, Mon. Trid. 523, puede verse un ejemplo del año 1546.

(4) Así, por ejemplo, en 1549, en los habitantes de Orvieto (v. Manente, 292).

Descalzos los pies y desnuda la cabeza, vestidos solamente con un áspero hábito, ceñido el talle con un grosero cordón, estos genuinos discípulos de San Francisco desplegaron una actividad verdaderamente apostólica en las provincias de Italia, por tantos conceptos desamparadas en lo religioso y moral. Una extremada pobreza por amor de Cristo, y una abnegada caridad en el ejercicio de las obras de misericordia corporales y espirituales: he aquí cuáles eran los dos polos en torno de los que giraba la acción de aquellos varones heroicos.

Como una posición intermedia entre los Teatinos y los Capuchinos iba á tomar otra Orden nueva, la cual, con entusiasta adhesión á la Iglesia y heroico sacrificio por la salud de las almas, obró asimismo cosas extraordinariamente grandes: La Compañía de Jesús. Esta asociación con la cual adquirió la Iglesia un instrumento todavía más importante que los Capuchinos para la reforma y restauración católica, tuvo de común con las demás Ordenes entonces nacidas, el perseguir ante todo fines prácticos; sin embargo, se diferenció de las demás en muchas cosas, y entre otras en haber, ya en el reinado de Paulo III, extendido su actividad fuera de Italia. Pero aun prescindiendo enteramente de su maravillosa dilatación y de la importantísima personalidad de su Fundador, la Compañía de Jesús merece que tratemos de ella aparte, aunque no fuera sino por haber sido entre todas las Ordenes de la época moderna, la que más ha hecho por el auxilio y defensa del Pontificado.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS en el presente volumen

- Abate de Gonzaga, 53.
 Abbatio (secretario del duque de Mantua), 106.
 Abstemo, Vicente Franciscuccio (astrólogo), 57.
 Accolti, Benedetto (cardenal de Ravenna), 32, 33, 275-276, 277.
 Adriano IV (papa), 38.
 Adriano VI (papa), 36, 44, 137, 147, 167, 170, 175, 183, 194, 199, 200.
 Agnello, B., 45.
 Agnello, Juan, 89, 105, 225.
 Aguilar, Marqués de (embajador imperial en Roma), 240, 260, 286, 298, 335, 351, 456.
 Alalcone, P. A., 215.
 Albornoz (cardenal), 39.
 Alberto de Brandenburgo (cardenal, arzobispo de Magdeburgo y administrador de Halle), 80, 316, 375, 408, 409.
 Aldobrandini, Silvestre (jurista), 276.
 Aleander, Jerónimo (arzobispo de Brindis, nuncio, cardenal), 59, 89, 90, 103, 107, 112, 117, 118, 123-132, 152, 155, 163, 164, 168, 169, 184, 185, 186, 188, 316-317, 337, 339, 350, 393, 435.
 Alejandro VI (papa), 32, 44, 147.
 Alidosi, 196.
 Aligieri, Mario (obispo de Rieti), 238, 290.
 Alterio, Marcio, 57.
 Alvarez de Toledo, Juan (dominico, cardenal, arzobispo de Burgos), 174, 188, 428.
 Amaseo, Rómulo (humanista), 138.
 Ana (esposa de Ferdinando I), 66.
 Angelis, Pedro Antonio de (gobernador de Roma), 306.
 Antella, Juan dell' (embajador florentino), 180, 223, 253, 287.
 Aquaviva, Juan Vicente (cardenal), 189, 190.
 Arcella, Fabio (nuncio en Nápoles), 214.
 Archinto, Felipe (vicario general pontificio, obispo de Borgo San Sepolcro), 194.
 Ardinghella, Niccolò (secretario), 53, 394.
 Arditus, Juan (comisario pontificio), 300.
 Aretino, Pedro (literato), 175, 418.
 Argoli, Alejandro (obispo de Terracina), 265.
 Argulus, Juan Gaspar, 290.
 Aristóteles, 162.
 Augustinus, 145.
 Avalos, Alfonso de, 220.
 Avila, Luis de, 320.
 Babbi, Francisco, 53.
 Badía, Tomás (maestro del Sacro Palacio), 152, 157, 163, 168, 169, 190, 191, 351, 378, 379, 381, 382, 410.
 Baglioni, 266, 267.
 Baglioni, Astorre (senador romano), 223, 262.
 Baglioni, Juan Pablo (tirano de Perusa), 267.
 Baglioni, Malatesta (hijo de Juan Pablo), 266.
 Baglioni, Rodolfo, 266, 267, 292.
 Baldassarre, Messer, 247.
 Banchi, Gratiadei, 221.